

y bajo qué condiciones el Derecho, como un sistema de fuerza organizada, puede convertirse en un límite a la fuerza.

Después de este recorrido por los diferentes trabajos que compendian el libro que comentamos, constatamos que es una obra de referencia y estudio obligado para profundizar en el tratamiento filosófico-jurídico y constitucional de los derechos fundamentales. Luis Prieto Sanchís, con el magisterio y claridad que le caracteriza, ha sabido argumentar su posición respecto a la no siempre clara frontera de delimitación, limitación y ponderación de los derechos fundamentales teniendo como referente el cumplimiento de la justicia –constitucional– a la que están obligados los poderes públicos.

*Mercedes Galán-Juárez*

G. SAVAGNONE, *La Scuola nella società complessa. Tra cultura dell'efficienza e nuovi valori*, Ed. La Scuola, Brescia 2002, 142 pp.

El libro se presenta como un ensayo, que recoge ideas ya incluidas en artículos publicados en varias revistas, como de “Nuova Secondaria” o el diario “Avvenire”. Se trata de una reflexión rica en filosofía de la vida, que constituye también el reflejo de un pensamiento que se ha fraguado en la experiencia cotidiana de un elevado docente de enseñanza media, que es a la vez maestro y filósofo.

En el libro se comparan dos modelos de escuela, el clásico y el moderno. El primero con una función de estabilización e integración social, con una visión de la vida presuntamente aceptada por las familias de los niños. El segundo, mucho más elástico, sin referencias a valores comunes, más centrado en educir las capacidades creativas de los estudiantes. Ante estos dos modelos Savagnone propone una alternativa: el recurso a la idea de la tradición, como *traditio*, entrega o asunción de la propia historia. La escuela constituye el lugar por excelencia donde se produce esta apropiación de la historia, que la hace tradición, una apropiación crítica del pasado, que supera tanto el puro y simple conformismo, como el subjetivismo relativista y arbitrario.

La lógica interna de la tradición excluye que ningún momento sea considerado como absoluto o insuperable. Nos sugiere contemplar la escuela como un ser vivo, cuya identidad no reside tanto en lo que ya tiene acumulado, como en

el dinamismo de su crecimiento. Para esta propuesta el autor se sirve de la hermenéutica de Gádamer, especialmente de su “Verdad y método”, que presenta la tradición como un inmenso diálogo que une las fuentes del pasado con los interrogantes del presente, preparando las respuestas que determinarán nuestro futuro. ¿Permanecer dentro de las tradiciones —se pregunta el autor— significa someterse a los prejuicios y renunciar a parte de la libertad? ¿O no será más bien que la misma existencia humana, también la más libre, está estructuralmente limitada de mil maneras? Si es así, entonces el ideal de una razón absoluta (desvinculada) es una mera ficción realmente imposible. La razón humana existe sólo como razón real e histórica, lo cual significa que no es dueña de sí misma, sino que está siempre subordinada a las situaciones sobre las que actúa. Además, la asunción del pasado y la conservación de lo que tiene de valioso es tan acto de libertad como la invención de nuevos modos. “Se recuerda el pasado para leer el presente y construir el futuro”. A su vez, si el presente tiene sentido es porque está orientado hacia el futuro, porque un instante sin futuro sería la eternidad, y nosotros vivimos en el tiempo. Nadie parte de cero. Ignorar la tradición supone hacer de la vida humana un continuo Cromagnon. La escuela se presenta pues como un punto de encuentro entre el pasado y el futuro.

A su vez, el contar el pasado supone darle forma, porque lo pasado sólo tiene forma en la medida en que se estructura en una narración: la narración hace de los fragmentos y vivencias dispersas una unidad, una historia. No es casualidad que el término *logos*, que indica al mismo tiempo el hablar y el pensar, derive del verbo *lego*, que significa “unir” lo diverso, sin que por ello se destruya la diversidad. El sentido de la racionalidad humana consiste ante todo en saber dar unidad al flujo aparentemente indeterminado e informe de datos, de situaciones, de los actos que constituyen nuestra existencia. “Nuestra identidad es siempre de una historia, y comprenderla presupone contarla. La incapacidad de hacerlo puede significar para una persona la imposibilidad de relacionarse correctamente consigo misma, y provocar incluso patologías psicológicas”. Pero se aprende a contar la propia historia sólo escuchando la de otros. Y historia de otros no existe sólo como historia individual. Es, al mismo tiempo, historia de una comunidad. La tradición es pues esta narración siempre en curso.

El libro es rico en comparaciones y metáforas. Especialmente sugerente es la referencia al cuento de Carlo Collodi, la historia de Pinocho, el famoso muñeco de madera que va configurando su propia figura y entidad hasta convertirse en un ser humano. La historia de Pinocho ilustra la filosofía de la educación compartida por Savagnone, porque contiene todos los elementos funda-

mentales del viaje de la vida, del juego de las pasiones, del papel de la educación y de las relaciones humanas más importantes. Pero sobre todo la historia de Pinocho tiene una visión de la vida como dotada de sentido, de un camino con principio y final, del cual uno se puede desviar, pero en el que está claro dónde hay que llegar. En cambio, por contraste, la realidad actual nos muestra un panorama donde no hay referencias: no hay ni punto de partida ni de llegada, y por lo tanto, no hay dirección correcta ni incorrecta, porque el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, no se pueden determinar objetivamente. Antes el maestro era un compañero y un guía en las primeras etapas del viaje de la vida. Pero ya no hay tal viaje. Al menos no hay un viaje común, un ideal objetivo que sirva como horizonte vital que marque un poco el rumbo de la vida. Al no haber camino, no se puede hablar ni de inicio, ni de progreso. Antes se decía del niño: “progresó adecuadamente”, “llegará lejos”. La pregunta se impone: ¿pero lejos de dónde?

La primera parte del libro es un análisis sociológico de la realidad en la que se inserta el mundo escolar: la realidad de la juventud europea, especialmente la italiana, pero que en muchos aspectos es extensible al resto de los países occidentales, y de las instituciones que les afectan más directamente, con especial referencia a la familia. Dentro de esta descripción sociológica una primera cuestión es la del soporte o suelo sobre el que se asientan las ideas dominantes, o mejor dicho, la ausencia de tal soporte: el relativismo imperante hace imposible que se puedan contrastar las diversas visiones de la vida. Con el relativismo desaparece la pasión por la verdad, la lucha por cualquier ideal, aunque estuviera equivocado. Savagnone hace notar que la gente joven ya no se apasiona como antes por un mundo mejor, ya fuera en clave marxista, católica, o en nombre de cualquier otro ideal. El peligro del mundo occidental ciertamente no será ya el fanatismo —advierte Savagnone— sino la indiferencia. Lo único que no se tolera es que alguien se presente como poseyendo alguna verdad, porque supondría la consideración de sus alternativas como erróneas. El mismo concepto de tolerancia ha degenerado hasta el punto de considerarse como sinónimo de indiferencia, del “todo es igual”, y ser “tolerante” equivale a ser “indiferente”. Esta visión de la tolerancia destruye la propia identidad, porque todo es equivalente y todo se confunde. Con este presupuesto ya no es posible la comunicación, porque para comunicarse es preciso un suelo común: el diálogo tiene sentido si hay un terreno común sobre el que enfrentarse, que nos dé una medida con la que medir las opiniones contrapuestas. Si cada uno vive en su propio mundo inconmensurable con el de los demás, no es posible, ni tiene sentido, la comunicación. Si no existe una racionalidad común en la que inspirarse con la convicción de llegar a soluciones que no sean meramente

arbitrarias, ¿qué sentido tiene discutir? “Sería como querer determinar si tiene razón quien prefiere un helado de fresa a uno de chocolate. En una palabra, la comunidad ética, donde las diferencias existían precisamente porque había una base común, ha desaparecido para ceder paso a un magma indistinto. Ya nadie se siente pertenecer a una comunidad más amplia. Esta disolución de la comunidad ética ha dado paso a un nuevo politeísmo, porque, como decía Umberto Eco, el ateísmo no consiste en no creer en Dios, sino en creer que todo es dios.

La visión de la libertad como ausencia de vínculos degenera en egoísmo, o mejor dicho, es de por sí tremendamente egoísta e insolidaria, porque, como dice el autor: “Al afirmarse una libertad concebida como ausencia de vínculos, se percibe que estos últimos tenían también la función de crear relaciones de responsabilidad recíproca y de solidaridad entre los individuos. La pertenencia a una familia limitaba los movimientos de una persona, pero le unía a otras, la hacía importante para ellas”. Además, como uno ya no percibe su propia existencia como un don que otro le ha hecho, no es capaz de dar nada.

En esta lógica de la libertad, la autoridad y la obediencia son dos conceptos negativos, porque son vistas como un “plegarse”, como una derrota ante la superioridad de quien manda. Entre la gente joven parece que es más virtud la desobediencia, la trasgresión, por lo que supone de inconformismo y de original.

Para la cooperación se presupone la diferencia no sólo cuantitativa, sino cualitativa. La armonía, el organismo social es fruto de la diferencia. Un cuerpo está hecho de órganos distintos: con muchas narices no se hace un cuerpo. Y esta diferencia que fomentaba la cooperación se percibía desde pequeño: estaban los abuelos, ancianos. Estaba papá, que era un hombre. Mamá, que era una mujer. Había hermanos y hermanas. Cada uno tenía su propia fisonomía. Hoy en cambio, los abuelos están en un asilo, el padre y la madre llevan vidas muy parecidas, inspiradas en un vertiginoso activismo, y ya no hay hermanos ni hermanas, porque si te cae en suerte nacer, es como hijo único. Pero tampoco hay pasado, porque a los niños ya nadie les cuenta cuentos, ni la historia de la familia. Estamos en una sociedad de solteros, porque de niños solos no puede nacer otra cosa que soledad. Eso sí, regalos reciben un montón, pero nadie se les da.

La nueva escuela ya no proporciona una visión de la vida, sino sólo técnicas, competencias, para que luego las usen como quieran. A este respecto, en la misma línea que Savagnone, no me resisto a contar un sucedido relatado por un compañero mío, profesor universitario: cuando comentó delante de sus colegas que había escogido un colegio religioso para sus hijos, y éstos le propusieron que los llevara a uno bilingüe, no le faltó tiempo para responderles: “prefiero que mis hijos me digan cosas sensatas en un solo idioma, a que me

cuenten idioteces en tres”. La escuela se presenta como una especie de supermercado donde los niños escogen lo que quieren, en una especie de contenedor de “educaciones” varias, para configurarse un iter a la carta, como si se tratara de un currículo universitario. Ciertamente al supermercado se va a comprar lo que se quiere, pero no se aprende qué cosas merece la pena querer.

Si en la escuela y en la transmisión de la cultura no se proporcionan puntos de referencia, manifestando las diferencias y virtudes de los diversos modelos de vida, se corre el riesgo no ya sólo de no aportar nada a los estudiantes, sino también de desmotivarles en su interés por la cultura. Savagnone lo dice en muy pocas palabras: “A una cultura que no logra involucrar la vida se le ha contrapuesto una vida que no incluye la cultura” porque los jóvenes experimentan en lo más íntimo una secreta fragilidad y una extrema necesidad de puntos de referencia (p. 86).

Pretender que el profesor sea neutral, incluso hacer consistir en esto su propia honestidad, es un error. La neutralidad no existe. Quien afronta los problemas los mira siempre inevitablemente desde un determinado punto de vista. Puede ser el suyo o el de otro, pero siempre una visión limitada, con toma de posición, porque el hombre histórico ocupa necesariamente una posición. La visión de Dios no es posible más que para Dios. Retomando la historiografía gadameriana, quien se propone un absoluto distanciamiento de la realidad histórica “pretende prescindir precisamente de lo que hace posible la comprensión”, “Lo que de hecho sucede –escribe Savagnone– no es que el docente prescinda del propio punto de vista, sino que él mismo cree y hace creer a los demás que actúa así”. Y esto es el mayor peligro, porque con eso impide, a sí y a otros, darse cuenta de los condicionamientos que inevitablemente todo profesor emplea en relación con sus alumnos. Más que eludir y fingir no tener ningún punto de vista, es mucho más correcto manifestar la perspectiva desde el cual se afrontan los problemas. La verdad de las cosas no es respetada allí donde se evita tomar postura. Ser neutral entre la justicia y la injusticia, entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal, no es en absoluto un modo correcto de afrontar los problemas. Savagnone lo ilustra clarísimamente: presentar a S. Francisco y a Hitler como dos variantes del todo equivalentes de personalidades carismáticas, absteniéndose de formular juicios de valor no es un modo de ayudar a los jóvenes a comprender la historia.

El ansia de neutralidad ha degenerado en una crisis de identidad: “Sustituir la enseñanza de la religión católica por una historia de las religiones, poniéndolas todas en el mismo plano, significa, en un país de tradición católica como el nuestro, ceder a la lógica de la globalización, que anula las diferencias en nombre de un falso universalismo” (p. 104). “Quitar el crucifijo de las aulas

porque en esta o en aquella clase hay un estudiante de fe musulmana no significa atribuir importancia a su tradición, sino manifestar que no damos importancia a la nuestra” (p. 105). Además, en el vacío ideológico no se puede ejercitar el espíritu crítico y, menos, elegir. “Que luego los seguidores de otras religiones puedan sentirse perjudicados por estudiar nuestras tradiciones no tendría sentido. Al contrario, para quien se encuentra viviendo en nuestro país puede constituir una ayuda la posibilidad de penetrar en el conocimiento de nuestra tradición religiosa, como lo sería, para un occidental que viviese en India, estudiar el hinduismo. En ninguno de los dos casos se trata de adherirse a una u otra fe, sino simplemente en conocer la cultura en la que se vive” (pp. 105-106). Y es que la tolerancia no consiste en renunciar a ser uno mismo por el hecho de que el otro sea diferente

Por otra parte Savagnone advierte del peligro de interpretar mal la idea de la propia realización. Es verdad que todos buscamos realizarnos en lo que hacemos, pero si ese fuera el criterio exclusivo, sin percibir que la propia realización es también o principalmente fruto de la realización que provocamos sobre los demás con nuestro trabajo, se corre el riesgo de lo que podríamos llamar un “narcisismo ético”, que sería la máscara del egoísmo y de la insolidaridad. Por eso, Savagnone propone enseñar a valorar el producto de la propia obra por el resultado que produce en los demás, y no sólo en uno mismo. Así, por ejemplo, el buen profesor no da las clases sólo buscando su realización personal, sino la de sus alumnos. Además, una actitud insolidaria termina por asquear al mismo que la practica, porque se quiera o no —advierte Savagnone—, “la imagen de sí mismo que uno proyecta sobre los demás, y ve reflejada en los ojos de sus espectadores, no es una cosa extrínseca o accesorio, sino que entra a formar parte de la conciencia que uno tiene de sí mismo”.

Diego Poole

R. L. VIGO, *El iusnaturalismo actual. De M. Villey a J. Finnis*, México D. F., Fontamara, 2003, 210 pp.

El actual “crepúsculo de las ideologías” previsto y analizado hace ya más de treinta años por Gonzalo Fernández de la Mora, ha tenido algunas saludables consecuencias en el ámbito de los debates filosófico-jurídicos, el pri-